

A FAVOR Y EN CONTRA

DOS FANÁTICOS DE LA TECNOLOGÍA SE ENFRENTAN POR EL *SOFTWARE* LIBRE. UNO LO DEFIENDE POR DEMOCRÁTICO Y OTRO LO ATACA POR INEFICAZ.

POR RAFAEL BONIFAZ

CUANDO UN NIÑO comparte galletas con otros, se estrechan lazos de amistad. Lo mismo sucede cuando uno comparte *software* libre. Pero si alguien comparte *software* privativo, está rompiendo la ley y es acusado de pirata. En el modelo del *software* libre, compartir es bueno como nos enseñaron de pequeños. Con el modelo privativo, compartir es un crimen.

Si un carro se daña, se puede buscar ayuda entre cientos de mecánicos para que lo arreglen. Esto es posible, porque el conocimiento de cómo funcionan los carros está disponible. El mundo del *software* libre funciona con la idea de que el conocimiento debe ser accesible para la humanidad. De esta manera, más gente puede ayudar a corregir errores, solucionar problemas y mejorar el *software*. En el mundo del *software* privativo sería imposible levantar el capó del carro para mirar dentro y solo el concesionario podría arreglar el problema. En otras palabras, se tiene un monopolio de servicios.

El primer deber que recibe un estudiante de literatura es leer libros de los mejores autores. Los estudiantes de sistemas pueden leer el código fuente de aplicaciones libres como LibreOffice, GNU/Linux, Firefox, VLC, Gimp... Por otro lado, es un secreto el funcionamiento de OSX, Windows, Photoshop, etcétera... En la mayoría de las universidades, el único código fuente que se lee son ejemplos de libros. Es como que al estudiante de literatura solo le enseñaran a leer y escribir.

Hace cinco años, la mayoría de gente utilizaba la computadora para comunicarse por Internet, redactar documentos, hojas de cálculo, entretenimiento y una que otra cosa más. Hoy en día, el usuario promedio hace más o menos lo mismo. Si hoy en día hacemos lo mismo, ¿por qué necesitamos un computador nuevo para cada versión nueva de OSX o Windows? Con *software* libre, una computadora de hace seis años funciona muy bien, cuenta con *software* moderno

y existen herramientas como LTSP para reutilizar equipos más viejos. En el modelo del *software* privativo, los equipos útiles se convierten en basura tecnológica.

Si algún organismo público desarrolla una aplicación y esta se publica como *software* libre, entonces cualquier otra institución, pública o privada, con similares necesidades, podrá utilizarla. Es más, el *software* y el conocimiento sobre cómo funciona queda disponible para toda la ciudadanía. Si se usa *software* privativo en el sector público, terminamos comprando la misma solución a pocas empresas y no se puede saber cómo funcionan las cosas. Lo más grave para nuestros países es que perdemos la posibilidad de apropiarnos de la tecnología y nos quedamos como simples consumidores. Siempre es bueno saber cómo funcionan las cosas.

El modelo de desarrollo del *software* libre utiliza Internet para compartir conocimiento y comunicarse mundialmente. Gracias a esto se crean comunidades internacionales que intercambian conocimiento, mejoran el *software*, aprenden juntos y cada vez más se unen para promocionarlo. Las pocas empresas que defienden el *software* privativo amparan y promueven leyes, como SOPA, para limitar las posibilidades de Internet.

Cuando descubrí el *software* libre, fue como entrar en el renacimiento de la computación. Vivía en un mundo donde era obligado infringir la ley, mi computadora se enfermaba con virus, era un secreto saber cómo funcionan las cosas y me sentía aislado. Con el *software* libre me siento parte de una comunidad donde se hacen las cosas de manera transparente, las computadoras no enferman y compartir es grato.

